

2020



CORTES DE
CASTILLA Y LEÓN

2020



CORTES DE
CASTILLA Y LEÓN



Dejamos atrás un año difícil y adverso atravesado por la pandemia. Una pandemia tan cruel como inesperada que ha trastocado nuestras vidas desde que el pasado mes de marzo tuvimos que aprender a existir en estado de alarma.

En todo este tiempo triste y excesivamente duro no podemos olvidar a todas las personas que nos arrebató este terrible virus, a los enfermos y a sus familias.

Desde las Cortes de Castilla y León queremos rendirles nuestro pequeño y sentido homenaje con este anuario gráfico. Se trata de una publi-

cación sencilla pero auténtica que, a modo de crónica, recoge la cotidianidad atípica y extraordinaria de quienes han sido protagonistas de la actualidad en los últimos 366 días. De quienes han mirado al virus de frente, con valentía y coraje: sanitarios, fuerzas y cuerpos de seguridad, servicios esenciales, hosteleros, comerciantes, empresarios, autónomos y trabajadores. Y por supuesto también todos los ciudadanos anónimos -mayores, jóvenes y niños- que, con su comportamiento y ejemplaridad, van a hacer posible que superemos esta incierta situación recuperando un tiempo mejor que nos devuelva la normalidad.

Nuestro objetivo pasa también por que esta publicación se convierta en un alegato a favor del rigor y la responsabilidad demostrada por todos cuantos forman parte del periodismo de esta Comunidad. Por eso hemos querido poner el acento en el trabajo de quince grandes nombres del periodismo gráfico que cuentan la verdad con primeros planos y sin tapujos. Y quienes, a través de su objetivo, crean cada día la conciencia social que tanto necesitamos en estos tiempos.

Gracias a todos. Porque aún a riesgo de su propia salud, estas imágenes nos permiten no sólo evocar emociones y compartir sensaciones, sino también aprender lecciones de vida de otros que nos expresan, ahora más que nunca, la esperanza de continuar. Del mismo modo, nos sentimos también muy honrados con quienes han dado forma a estas historias, con la magia de sus plumas y la sinceridad de su palabra. Transmisores de opiniones, actitudes y sentimientos que representan, desde la libertad, la tarea esencial que ejercen los redactores de esta tierra a pesar de las dificultades de este 2020.

Son precisamente estos testimonios los que nos recuerdan la importancia de no caer en la frialdad del dato que nos ofrece la estadística diaria, porque detrás de cada deceso y cada caso hay una trayectoria vital y una familia. Historias y momentos que han sabido inmortalizar la mente, los ojos y el corazón de quienes han sujetado su cámara con firmeza, aunque les temblara el pulso, para inmortalizar instantes únicos que atesorar en nuestra memoria, en la memoria de la gran Comunidad ha sido, es y será siempre Castilla y León.

El Presidente de las Cortes de Castilla y León
Luis Fuentes Rodríguez



2020, año bisiesto que se convierte en *horribilis*

TEXTO / **Visitación Andrés**

Comienza 2020

Las uvas de Nochevieja dan paso a un año bisiesto. Serán 366 días, no 365, sino uno más. Desde la ciudad china de Wuhan ya llegan noticias inquietantes del impacto en su población de una neumonía desconocida, bautizada como SARS-CoV-2, que no tardaría en convertirse en pandemia mundial. Enero es un mes largo y frío, con las temperaturas más extremas. El hielo y la nieve se convierten en protagonistas de la actualidad informativa. Las estaciones de esquí pudieron abrir para el disfrute de sus aficionados a este deporte. La borrasca Gloria hizo algunos estragos en varias provincias de Castilla y León. El último día de este extenso mes se produjo el primer susto, un turista alemán fue ingresado en el Hospital de la Gomera por coronavirus. Nueve días después se produce otro caso en Palma. El 24 de febrero se conocen contagios en Madrid, Cataluña y Valencia. El virus está en España. Castilla y León registra también los primeros casos el 27 de febrero. Se trata de un estudiante italiano de erasmus en Segovia y un ingeniero iraní de visita en el Parque Tecnológico de Boecillo en Valladolid. A principios de marzo el virus ataca con toda su crudeza a Italia. Marzo no es el mes de inicio de la primavera, sino de un aumento y descontrol de los contagios que obliga al Gobierno a decretar el Estado de Alarma y confinamiento para toda la población. El año horribilis por la pandemia y sus efectos no ha hecho más que empezar.

Cabalgata de ilusión

El Año Nuevo abre la tradicional cabalgata de Reyes que inunda de alegría, ilusión y admiración hacia sus majestades Melchor, Gaspar y Baltasar las capitales y municipios de Castilla y León, en una noche mágica para los niños y niñas, y para los no tan jóvenes. El colorido desfile de los Magos de Oriente deja paso a una noche de nervios, impaciencia y hasta falta de sueño entre los que esperan recibir los regalos, que termina felizmente en la mañana del 6 de enero, con sueños hechos realidad. Los niños y niñas se convierten en noticia, pues los telediarios recogen ya de manera tradicional imágenes suyas en sus casas o en las calles mostrando sus juguetes, algunos convertidos en tendencia. Se vuelve así a la normalidad, tras las vacaciones por las fiestas navideñas, definida por muchos como la cuesta de enero.





Noches de Pingüinos

Los aficionados del mundo a las motos tienen cada año en enero su cita en Valladolid. El frío y la lluvia no frenan la concentración internacional más importante del invierno, antes en el Pinar de Antequera y ahora en las instalaciones de la Antigua Hípica Militar de la capital vallisoletana. La 37 edición, celebrada entre el 10 y 12 de enero de este 2020, batió su récord de participación, con más de 33.000 inscritos. Conciertos musicales, acrobacias, exhibiciones en la moto, degustaciones gastronómicas, fiesta de Nochevieja y Año Nuevo Pingüinero, desfile de banderas por el centro de la ciudad, desfile de antorchas y entrega de los premios Pingüinos de Oro 2020 marcaron su programa. El rugido de las motos en el segundo fin de semana de enero se ha convertido en un clásico en Valladolid, aunque los asistentes destacan el calor de la amistad junto a una hoguera y el “espíritu” motero de las personas llegadas en muchos casos desde miles de kilómetros.



Roturas

Es un pequeño pueblo de Valladolid, en la comarca de Peñafiel. Figura en el ránking de los menos poblados de los 225 municipios existentes en la provincia, con solo 33 censados. Su alcalde, Lucas Aguado, posa en las escuelas públicas en el mismo estado de conservación que hace 60 años, en las que él mismo estudio. Es un convencido de que hay que dar servicios a los vecinos, aunque sean pocos los que residen en el mismo. Con ese espíritu de su regidor, la localidad cuenta con la mayor ratio de puntos de luz por habitante, ya que a cada uno le “toca” dos farolas y media. A Lucas Aguado no le parece de recibo que haya “puntos oscuros”, además sostiene que un pueblo alumbrado da percepción de que hay gente y ofrece más seguridad. Otra forma de afrontar la despoblación rural.





FOTOGRAFÍA / Miguel Ángel Santos

Estado de alarma

El mes de marzo marca una escalada del virus. El aumento de los contagios está descontrolado desde el día 8 y el Ministerio de Sanidad se ve obligado a anunciar una contención reforzada. El empuje del coronavirus en todo el territorio lleva al Gobierno a decretar la drástica medida del estado de alarma, el 14 de marzo, y el confinamiento de toda la población para contener su expansión al alza, que amenaza con colapsar las plantas y unidades de cuidados intensivos de los hospitales. Las calles se vacían, solo se permite la salida para compras básicas, como alimentación, farmacia o paseo de perros y mascotas. Los centros educativos y universitarios echan el cierre y las clases se siguen online. Los comercios, grandes superficies, bares, cafeterías, restaurantes, ocio e iglesias se cierran y la actividad económica cae al mínimo, solo se mantiene lo esencial. Los actos públicos también se cancelan. Los agentes de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad patrullan para que se cumpla con la medida de restricción total de la movilidad. Son los únicos con permiso para estar en la calle.



Servicios

básicos, sanitarios y agentes de seguridad

Los contagios escalan día tras día, y lo que es peor los muertos aumentan, muchos fallecen en soledad, sin tener al lado a sus familiares y seres queridos. Comienza lo peor de la pandemia, que seguirá en los meses siguientes. Las administraciones públicas entran en estado de “hibernación” en cuestiones de papeleo, no así en los servicios públicos. Los sanitarios y el personal que trabaja en las residencias están en la primera línea de la lucha para contener el virus. El silencio de las calles solo se rompe a las 20.00 horas cuando muchos ciudadanos salen a sus balcones y ventanas para, bajo la canción “Resistiré”, aplaudir y homenajear a los “héroes y ángeles”, como son calificados, de esta batalla contra el coronavirus. Guardia Civil y Ejército se suman a otra labor, como la desinfección de centros públicos. También florece la solidaridad, empresas, entidades y personas anónimas realizan donaciones de material de seguridad para centros sanitarios y residencias. Todo ayuda. En muchos pueblos de Castilla y León, agricultores ponen en marcha sus tractores y maquinaria para fumigar las calles e instalaciones públicas, junto con los alcaldes y concejales de sus municipios. El coronavirus lleva al límite a los servicios públicos, cuyos trabajadores responden tanto en centros de salud, hospitales y residencias, como para garantizar los transportes de quienes tienen que ir a trabajar y la alimentación de la sociedad. El mes de marzo termina con la curva llegando a máximos y el esfuerzo colectivo por “aplanarla”.



FOTOGRAFÍA / Juan Miguel Lostau



FOTOGRAFÍAS
Arriba izquierda / **Wellington Santos**
Arriba derecha / **Alberto Mingueza**
Abajo izquierda / **Pablo Requejo**

Exégesis de un abismo

TEXTO / Roberto Jiménez

Toda la geometría euclidiana se viene abajo, cualquier asomo de congruencia se disuelve ante la contemplación de un mundo en descomposición con el hombre, una vez más, al borde del abismo que pintan estas imágenes ayunas de retórica, elocuentes y que nos interpelan tozudamente.

El cruento despertar, el paisaje después de una derrota simboliza la naturaleza profanada, sin un alma, que nos sorprendió una mañana de marzo en forma de pandemia y anudó en la garganta la congoja de quien carecía de certezas, de quien despidió al ser querido sin saber cuándo lo volvería a ver, de si el reloj marcaría la hora del regreso feliz o, por el contrario, la de un tren que jamás retornará.

Desde la caverna, con sus garabatos de sangre, los pintores fueron los reporteros de cada época, retrataron la gloria y el abismo de la humanidad, sus logros y sus fracasos pero, por encima de todo, dejaron constancia de la perecedora condición humana que parece negar el homo sapiens del siglo XXI hasta que un mal virus le pone en fila, aflige y en algunos casos pone a pensar.





Marzo suele saludar la primavera con atisbos de renacimiento y efluvios de florecencia, con la sensación de renovación, una muesca más en el ritmo cíclico de la vida que, súbitamente, se atascó en 2020 y nos obligó a una refundación inmediata con las armas de estos tiempos, como el empleo de las nuevas tecnologías para algo más que la dispersión nonsense.

Apenas dio tiempo a la reflexión, al análisis de las causas de tanta desazón. Las palabras de filósofos y sociólogos, de pensadores y poetas fueron usurpadas, las ideologías corrompieron a las ideas y los políticos, con el altavoz de las redes, cavaron sus trincheras con leves treguas por el qué dirán.

A la angustia de lo desconocido se añadieron la desazón y la incertidumbre del ruido global con sus mensajes contradictorios y verdades modeladas a conveniencia, tantas como feudos y señores, tan cambiantes de uno a otro mojón cuando la realidad era una y siempre el mismo damnificado.



Durante las primeras semanas de pandemia, cuando nuestros mayores y no tan mayores enfilaban al camposanto sin una mano piadosa, desaparecieron los políticos y emergieron los profesionales sanitarios, los soldados de la UME y los agentes del orden público en medio de un Apocalipsis que El Bosco predijo hace medio milenio. Tal es la desoladora imagen de la Plaza Mayor de Valladolid, con lágrimas de lluvia y el Conde recordando el aviso bíblico de la estatua de sal.

La vida pendiente de un hilo es la que sostuvo la solidaridad a pie de calle, sin jirones de hipocresía como las donaciones que a cada paso se publicitaron en los canales de información (que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha), y el cronómetro abrió una carrera de fondo con el desasosiego de una meta desconocida, con la misma incertidumbre que luce el rostro de la corredora que vemos.

La desolación se enseñoreó de calles y plazas inexplicablemente vacías y asedió el ánimo de los más débiles, niños que no entendían y ancianos desorientados, descolocados, tristemente desclasificados y más tarde desescalados.





Tres meses, noventa días, 2.160 horas, 129.600 segundos de angustia duró todo lo que puede contener el sintagma Estado de Alarma. ¿Y eso, qué quiere decir? Se podrían preguntar las monjitas de este cenobio, remanso de paz, búnker contra los ideólogos, decididores y ladinos, ellas y quienes como ellas pusieron una sonrisa de esperanza para espantar a las malas sombras.

De repente, todo volvió a la normalidad. Resulta que fue un simple paréntesis, un amago de revolución interior, una toma de conciencia, pero no... cada cual ocupó su lugar: el menesteroso a ras de tierra y el opulento a manos llenas.

¿Quién dijo que de esta crisis íbamos a salir mejores? Acaso algunos servidores públicos que no saben contar, jaleados por voceros mediáticos, y un puñado de advenedizos desaprensivos hayan sacado tajada. Los demás, a resignarse o a tapar la calle por gremios pero nunca en bloque, todos juntos para exigir sentido común: un triunfo más de la división aspergiada desde el laboratorio político.

Triste empeño, lamentable contumacia aquella que nos impide leernos en el pasado, vernos en el otro, ser en los demás, escarmentar en los dislates del ayer para hacer una vida más merecedera y que valga la pena. Es un coste que, no obstante, merece la pena arrostrar como nos vino a decir en uno de sus poemas José Jiménez Lozano, que una mañana de marzo, también de este marzo, hizo mutis para no asistir a tanto desatino.



El precio

Matinales neblinas, tardes rojas,
doradas; noches fulgurantes,
y la llama de la nieve;
canto del cuco, aullar de perros,
silente luna, grillos, construcciones de escarcha;
el traqueteo de tren, del carro, niños,
amapolas, acianos, y desnudos
árboles de invierno entre la niebla;
los ojos y las manos de los hombres, el amor y la dulzura
de los muslos, de un cabello de plata, o de color caoba;
historias y relatos, pinturas, y una talla.
Todo esto hay que pagarlo con la muerte.
Quizá no sea tan caro.

José Jiménez Lozano



FOTOGRAFÍAS

Arriba derecha / **Henar Sastre**

Abajo izquierda / **Miriam Chacón**

Abajo derecha / **Juan Ramón Gómez**



FOTOGRAFÍAS

Arriba izquierda / **Alberto Mingueza**

Arriba derecha / **Miguel Ángel Santos**

Abajo izquierda / **Nacho Gallego**

Las *nuevas* primeras veces

TEXTO / Esther Neila Gómez

Amanecieron las portadas el 1 de julio minadas de dardos parlamentarios, lo usual para una resaca del debate del ‘estado de la Comunidad’. Primer día de rebajas, se formaron las consabidas colas, pero esta vez sin apretujarse ni dar codazos. Raro. A la misma hora, en la universidad los chavales pusieron a prueba sus conocimientos y sus nervios en el examen de selectividad. A esas alturas del calendario no era lo normal. Porque ya casi nada era normal. Ni volvería a serlo jamás, como ya sospechábamos en los albores del verano aun sin imaginar hasta qué punto.

La sociedad parecía dividida entre quienes querían dar carpetazo a lo vivido, buscando la salida rápida de aquel mal sueño, y las impopulares voces que recetaban cautela porque la carrera todavía sería larga. La esquizofrenia de los mensajes confusos. Salíamos presuntamente más fuertes, se nos animaba a tomarnos unas vacaciones, a ser posible cerca para hacer gasto a los paisanos y ayudar así a coser el roto económico. El imposible equilibrio entre la salud presente y la dignidad futura.



Normalidad es antónimo de noticia

Pero la pandemia obligó a redefinir el mundo, también el concepto de lo reseñable. Imágenes que –por cíclicas, por manidas– un año antes hubieran sido despa-
chadas con una fotonoticia, ahora merecían todo el foco. De partida, por ese pedazo de
tela obligatorio desde el 18 de julio en Castilla y León que define visualmente el cambio de
era. Y también, como sucede durante el primer año de duelo, porque nos enfrentábamos a
la nueva primera vez de cada acontecimiento. La primera vez desde la gran herida. De gol-
pe, toda realidad se tornó inédita, virgen. Pendiente de ser narrada desde el nuevo prisma.





Lo vemos en esa fila para las rebajas de deliciosa simetría donde hasta los maniquíes se ponen de perfil ante lo devastado de la actividad comercial. Tal vez pretendían guiar los pasos hacia la entrada de los clientes, más bienvenidos que nunca. Inertes, guardan los dos metros prescritos, escenificando la tendencia de la temporada: en el prêt-à-porter volvían las faldas midi y se estilaba la distancia como patrón necesario. El nuevo must para todos los públicos.



No sólo en las tiendas se generalizaron las colas. Ante las despensas solidarias volvían a agolparse los desposeídos, en una imagen no tan lejana, con la anterior crisis aún palpitante. Desfilaron, de nuevo, los nadies, los que ya eran vulnerables cuando estalló la sindemia. Se sumaron otra vez los nuevos desfavorecidos, las clases medias empujadas al alambre de la supervivencia: parados jóvenes y veteranos, familias en ERTE que llevaban meses sin cobrar un euro, los que aguardaban ayudas prometidas que nunca llegaron. Las estanterías de Cruz Roja documentan esa naciente miseria. Después de un desastre, la vida comienza a derrumbarse siempre por los márgenes, decía la célebre fotoperiodista Dorothea Lang, cuya cámara retrató las secuelas de la Gran Depresión.



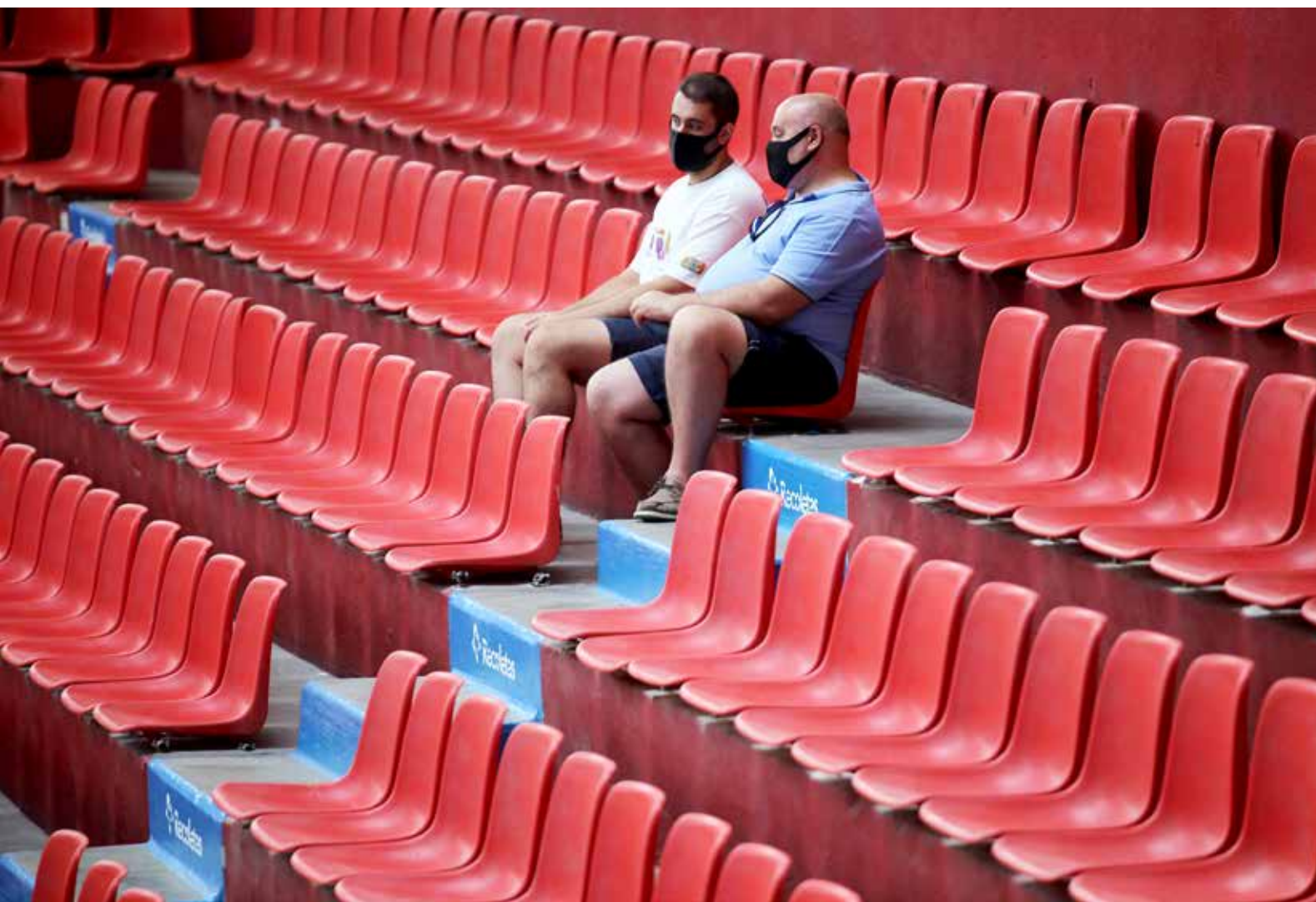


Durante el confinamiento, los reporteros gráficos fueron privilegiados documentalistas de un tiempo inédito. Ocuparon las trincheras –todas las que les dejaron ocupar– con sus necesarios disparos. Su labor resultó esencial como la de tantos otros ‘héroes sin capa’ homenajeados en la plaza Mayor de Valladolid. Ese día ahí estaban también los fotógrafos, en su sitio, anónimos tras la cámara, para tributar a otros sin darse cuenta de que el coraje reverberado en sus ‘réflex’ era también el suyo propio.



Llegó agosto y la ciudad quedó medio vacía. O medio llena. Según se mire. Depende del objetivo. Y de la distancia focal. Una misma calle podía parecer abarrotada o desierta en función de la perspectiva del observador. Lo que no dejaba lugar a interpretaciones eran los rostros de la gente, que son el idioma más universal: las miradas perdidas, los ceños fruncidos, cargados por el peso de lo vivido y la incertidumbre de lo que está por venir.





Los ciudadanos nos hicimos expertos en observar afluencias y en calibrar aforos. Empezaron a cotizar al alza por su seguridad los lugares despoblados, toda una paradoja en una tierra que se desangra. En las gradas, los huecos simbolizan lo perdido. Se echa de menos el bullicio, la euforia, el disfrute colectivo. La efervescencia de las masas, tan excepcionales para propagar emociones, pésimas para encauzar lo racional. Ahora todo estaba llamado a discurrir en petit comité. La unidad de referencia es la de los convivientes, como ese padre pegado a su hijo en un polideportivo desangelado.



Es en los márgenes donde es audible el lamento, ese simple gesto que para T. S. Eliot anticipaba –antes que un estallido, escribió el poeta– el fin del mundo. ¿Pero, acaso no se refugiarán en esos territorios fronterizos también los espíritus más resilientes? ¿Acaso un arrebatado de amor en mitad de una protesta vecinal no es, en sí mismo, un acto tan marginal como inspirador, un triunfo de la vida en mitad de la batalla, una flor que crece en una grieta del asfalto? ¿Acaso esos fieles a las puertas de un templo al que no pueden entrar, en su seguro lamento, no son también un símbolo de resistencia? Las lentes de los fotógrafos hilaron también ese relato de lucha.





Con septiembre llegó la merecida vuelta al cole después de seis meses de castigo. De nuevo, las filas, formadas éstas con una mezcla de entusiasmo y disciplina, asumida sin rechistar por el bien común; lección inmejorable. A falta de normalidad, recuperábamos al menos la rutina, síntoma de que la vida continúa. El nuevo curso se presentaba borroso, como desenfocada aparece la crónica gráfica de aquella jornada. Difusa como el futuro. Tocaba pese a todo seguir aprendiendo y disfrutando del recreo como se pueda. Tocaba continuar el trayecto con las certezas de Pessoa, esforzándonos por 'hacer de la interrupción un camino nuevo, de la caída un paso de danza y del miedo, una escalera'.



FOTOGRAFÍAS

Arriba derecha / **Leticia Pérez**

Abajo izquierda / **Rodrigo Jiménez**

Abajo derecha / **Wellington Santos**



FOTOGRAFÍAS

Arriba izquierda / **Rubén Cacho**

Arriba derecha / **Miriam Chacón**

Abajo izquierda / **Fernando Blanco**

El poso benigno del peso maligno del *coronavirus*

TEXTO / Javier Pérez Andrés

Sin dar ni una sola muestra de gratitud ni de disculpa al puñetero virus, me gustaría, en este largo otoño, destacar el poso benigno del peso maligno del coronavirus. Del que nunca debemos olvidar que es el autor de miles de asesinatos por infección. Uno ha observado cierta bondad autonómica en este tiempo de pandemia. Servidor está acostumbrado a viajar solo en la nave regional cuya bandera, como la nacional, ya nadie respeta y de la que muy pocos se enorgullecen... Pues cada uno tira de su cuerda y, por desgracia, hasta los románticos volvemos a perder la batalla en Villalar. Pues eso, que durante estos meses he visto a la hostelería de toda la región más unida que nunca en el lamento justo; a los jóvenes más cerca de sus familias y menos irresponsables de lo que se dice; a los hijos, muy pendientes de los mayores, y en general a todos, a mis paisanos de las nueve provincias y las sesenta comarcas -arcanos culturales vivos-, haciendo gala de una defensa inédita hasta la fecha de tiendas, alimentos y productos locales. Hasta he notado cierta actitud relajante en el común. Las gentes son menos impetuosas y los vecinos del rellano son más vecinos. Y en los pueblos, hasta en la última aldea perdida y olvidada, he comprobado gestos de dignidad y solidaridad, incluso con la despoblación a cuestas.



Desgracias que unen, mal pegamento

Cuando pase la tormenta corre el riesgo de despegarse del todo. Tendrá que ser así. Al menos, el estado de cosas y sus alarmas intermitentes y sus cercos perimetrales nos han hecho retroceder a conductas olvidadas de mucho antes de todo esto. Volver al calor de la cocina. Dentro de la pena, la maldad del año que expira -pero no muere- nos deja entre las lágrimas sonrisas de solidaridad. Miedos al miedo que nos ha atenazado a todos por igual, al de arriba y al de abajo, al de la izquierda y la de la derecha. Y nos hemos dado cuenta que el pobre es mucho más pobre en pandemia y que debemos ser más justos con los damnificados, que son miles y miles...





En todos los rincones

Por primera vez, he sentido que juntos teníamos que afrontar la batalla al mismo tiempo en todos los territorios de Castilla y León. Meses en los que, por oficio y compromiso, no he dejado de viajar con mascarilla desde el Arribe a la alta Soria; del valle del Tiétar a la Montaña Palentina y de las montañas de León al circo de Gredos y así dos veces por semana y de oca a oca por el tablero mesetario. Y en todos los rincones he visto hombres y mujeres, jóvenes y mayores sonriendo en la adversidad y agradeciendo cada gesto de apoyo, cariño, ayuda y compañía. No hay nada raro ni especial en ello, así me gano la vida para renovar suelas desgastadas y llevar garbanzos a los míos.



El largo y triste otoño de 2020

Llegó el otoño del año que nos encerró. Y el invierno que estrechó su cerco a las puertas de una Navidad sin coro de villancicos y con poco musgo en los belenes, la geometría de plástico de Papa Noel todo lo engulle en su peculiar dulce Navidad.

Esta vez, la luz del otoño ha servido para fijar la instantánea de la realidad a mis compañeros fotógrafos, los que tantas veces, en estos largos años, han puesto sus ojos mucho antes de escribir el título a la información. Ahora los teleobjetivos dirigen sus capturas al estado de ánimo, al momento que viven los habitantes de esta región que, como el resto del estado español, sufre y padece aún las consecuencias de un tornado que sigue girando y dando vueltas sobre nuestras cabezas.





Testigos de la realidad

Por mucho que las nuevas tecnologías hayan convertido en fotógrafos por un día a miles de usuarios de móviles, nunca será igual el dedo que pulsa el botón de la instantánea certera, de un testigo de la realidad, de un fotógrafo profesional.



Convivencia familiar

Pero al menos debemos reconocer que hemos aprendido viejas lecciones de convivencia familiar, de proximidad, de aislamiento ordenado y que han cambiado ciertos registros que hasta ahora creíamos conocer. Y hasta nuestra voraz actitud consumista se ha vuelto algo más racional y casera. Ya no son lo mismo, ahora son más importantes que antes los agricultores, los sanitarios, que han vuelto a su lugar, con esa aureola de credibilidad y admiración, que están más cerca del paciente y más lejos del cliente. Y pegados al enfermo. En definitiva, deberíamos atrapar el aire de esa esencia solidaria que respiramos para que cuando nos vacunen a todos, no olvidemos a nuestros ganaderos, camareros, tenderos, hortelanos, policías, ediles, valientes, sanitarios exhaustos y tantas buenas personas que han despertado un corazón dormido poco acostumbrado a que le controlen los latidos. Por cierto, qué bien suenan las campanas en los pueblos estos días, sus tañidos se mezclan con las panderetas que van a Belén a la luz del discreto encanto de las candilejas que iluminan a los últimos vecinos de mi aldea.

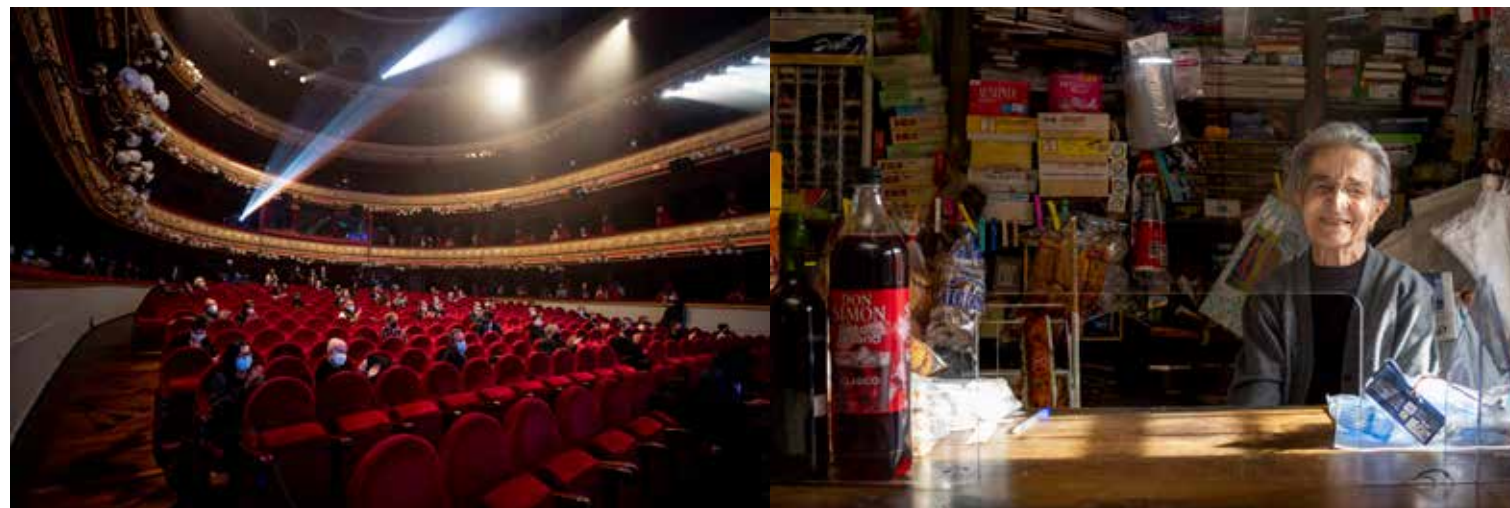


FOTOGRAFÍAS

Arriba derecha / Nacho Gallego

Abajo izquierda / Miguel Ángel Santos

Abajo derecha / Fernando Blanco



FOTOGRAFÍAS

Arriba izquierda / Wellington Santos

Arriba derecha / Juan Ramón Gómez

Abajo izquierda / Alberto Mingueza

Edita
CORTES DE CASTILLA Y LEÓN

DL: VA 977-2020

© de los textos: VISITACIÓN ANDRÉS, ROBERTO JIMÉNEZ , ESTHER NEILA GÓMEZ, JAVIER PÉREZ ANDRÉS
© de las fotografías: GABRIEL VILLAMIL, RODRIGO JIMÉNEZ, PABLO REQUEJO, MIGUEL ÁNGEL SANTOS,
FERNANDO BLANCO, HENAR SASTRE, JUAN MIGUEL LOSTAU, JUAN RAMÓN GÓMEZ, LETICIA PÉREZ, MIRIAM
CHACÓN, RUBÉN CACHO, WELLINGTON SANTOS, ALBERTO MINGUEZA, PACO HERAS, NACHO GALLEGRO

Todos los derechos reservados
CORTES DE CASTILLA Y LEÓN

2020



CORTES DE
CASTILLA Y LEÓN